MI POSICIÓN FRENTE A LAS RELIGIONES
(Lácides Martínez Ávila)

En materia de religión, comparto a cabalidad la siguiente posición adoptada y expresada por el orientalista británico Paul Brunton en su libro "Un mensaje desde Arunachala":

No soy miembro de ninguna fe religiosa --en el sentido convencional del término--; no soy, pues, ni cristiano, ni judío, ni musulmán, ni hindú, ni budista. Y debo confesar, francamente, que nací sin ninguna inclinación particular por la religión. Pero soy un creyente de la mayoría de las principales doctrinas, según la interpretación que, creo, es la que sus Fundadores dieron a las mismas.

Soy cristiano, en la medida en que concuerdo con las palabras de San Pablo, cuando dijo: "Y si tengo el don de la profecía, y entiendo todos los misterios y todo conocimiento, pero no poseo amor, no soy nada". Soy budista, en el sentido de que comprendo que, como lo afirmó Gautama, sólo es libre el hombre cuando desecha todos sus deseos. Soy judío, en tanto creo profundamente en la siguiente afirmación: "Escucha, oh Israel, el Señor, nuestro Dios, es Uno". Soy hindú, al extremo de creer en la unión con el ser espiritual. Soy musulmán, ya que confío en Alá. Finalmente, soy un creyente de Lao-Tsé, puesto que acepto su percepción de las extrañas paradojas de la vida.

Pero más allá de los puntos señalados, no comulgo con dichas religiones. A partir de esas verdades que acepto, en cada caso particular, me vuelvo o me regreso, como si fueran barreras limítrofes. No me uniré a los cristianos, en una exaltación de Jesús --a quien, sin embargo, amo más profundamente que muchos de ellos--, por encima de la que merecen los demás mensajeros de Dios. No seguiré a los budistas en su negación de las bellezas y placeres que la vida nos reserva. No acepto de los judíos el estrecho sometimiento de la mente a observaciones superficiales. No caminaré junto a los hindúes, proclamando su exagerado fatalismo que niega la innata fuerza divina del hombre. No seguiré a los musulmanes, en su fidelidad a la prisión de un libro, por sagrado que éste sea. Por último, tampoco aceptaré de los taoístas, su sistema de mascarada supersticiosa, que remeda aquello que, se supone, todo hombre grande debe honrar.

No creo que Dios haya otorgado el monopolio de la Verdad a algunos de nosotros; el sol brilla igualmente para todos. Ninguna raza o país puede reclamar para sí el monopolio de la Verdad, ya que el soplo divino puede descender sobre los hombres de cualquier región de la tierra. Ningún credo tiene los derechos exclusivos de la verdad. Por consiguiente, me coloco frente a las religiones en una perspectiva imparcial y sin compromisos. Puedo así comprender por qué alcanzaron su grandeza, y por qué, en algunos casos, esas doctrinas están en decadencia.